

441-442 OPUSCULO VIGÉSIMO. APOLOGÍA POR LA RENUNCIA AL OBISPADO.

ARGUMENTO.

San Pedro Damián se excusa ante el pontífice por haber renunciado al obispado, consciente de su propia debilidad; y para que nadie le acuse de inconstancia (pues no está permitido abandonar el cargo una vez aceptado), responde brevemente y muestra, con ejemplos de muchos Padres que no quisieron aceptar el obispado, que fue más seguro tomar la decisión de liberarse de tan gran carga: además, declara que es una tarea ardua y laboriosa presidir sobre otros y cumplir con el deber del obispado.

Al elegido de la sede apostólica, y vara de Asur HILDEBRANDO, PEDRO, pecador y monje, servidumbre.

Se dice que aquellos que se han esforzado en investigar las naturalezas de las cosas, han descubierto que los linceos tienen la peculiaridad de olvidar inmediatamente a quien han visto una vez que dejan de verlo. Aunque esta bestia supera a todas las demás en agudeza visual, capaz de penetrar incluso paredes de piedra, sufre este defecto: lo que sea que deje de ver, no lo recuerda. Podría decir que tienen cierta similitud con ustedes, si no fuera por el respeto que me impone la grandeza de su persona. Es sorprendente que una prudencia tan aguda, o mejor dicho, una caridad tan sincera y ferviente, que me acoge afectuosamente en persona, nunca se digne visitarme en mi ausencia, ya sea por escrito o de palabra. Pero como no merezco cartas de ustedes, si estuviera ocupado con otros asuntos, diría que esa epístola de caridad que menciona el Apóstol no está escrita en las tablas carnales de su corazón (II Cor. III), sino borrada de las ceras más profundas, como dicen. Pero mientras considero lo que digo, también debo considerar a quiénes lo digo. Por lo tanto, mientras no me atrevo a usar la libertad de hablar, pongo el dedo sobre mi boca. Así que, habiendo extendido esta queja hasta aquí, brevemente expondré lo que más llena mi ánimo.

[APOLOGÍA POR LA RENUNCIA AL OBISPADO.]

CAPÍTULO PRIMERO. Que Pedro Damián tuvo a su cargo el cuidado de dos obispos.

Bendita sea la omnipotente disposición del Creador, porque al ascender recientemente hacia ustedes, oprimido por la carga de dos obispos, uno para gobernar y otro para visitar, crucé las abruptas cumbres de los Alpes, y tan pronto como dejé caer la carga de la tribulación, libre y descargado, regresé como fugitivo a la amada soledad. Me complace, por tanto, bajo una cierta energía mental, mover los pies como si estuvieran desgastados por largos troncos, y levantar cuellos domados por duras cadenas, y alegremente cantar lo profético: «Rompiste, Señor, mis cadenas: te ofreceré un sacrificio de alabanza» (Sal. CXV, 17). Ustedes saben claramente, y recuerdan que estas cargas me fueron impuestas, no aceptadas; y, por así decirlo, no entré en la red, sino que fui cubierto violentamente. Por lo tanto, aprovechando la ocasión, arrojé con gusto el peso que no había asumido voluntariamente. Y como ustedes son la sede apostólica, ustedes son la Iglesia Romana, me pareció correcto no dirigirme a la fábrica de piedras para deponer y devolver lo que no podía llevar, sino más bien a aquellos en quienes reside el sacramento de la misma Iglesia. Pues bajo la persecución judía, dondequiera que estuvieran los apóstoles, allí se decía que estaba la Iglesia primitiva. Ahora también, cuando ese Simón, el viejo cambista, repara martillos y yunques, cuando usurpa la ciudad de Roma como su taller a través de los cambistas de su pestilente negocio, donde ustedes, Pedro, huyen con ustedes, allí se muestra indudablemente que está la Iglesia Romana. Por lo tanto, cuando decidí renunciar al gobierno eclesiástico ante ustedes, no me equivoqué; porque

dignamente devolví a la Iglesia Romana, que ustedes son, lo que era suyo: y para confesarles que me confesé a ustedes, por esta renuncia se me impuso consecuentemente una penitencia de cien años; a través de esos remedios que están instituidos en las reglas monásticas. Si esto parece poco, ustedes también añadan más: incluso, si les place, entréguenme a la custodia carcelaria. Después de tantos excesos de vagancia y nociva libertad, ¿qué queda sino que la censura de la reclusión y el silencio me coarten? Pero aquí tal vez ese tirano amable, que siempre se condolió de mí con piedad neroniana, que me acarició golpeándome, que ciertamente me acarició, por así decirlo, con garra de águila, estallará en esta queja: He aquí que busca un escondite, y bajo el pretexto de penitencia, busca evitar el acceso a Roma; maquina ganar ocio de la desobediencia, y mientras los demás se precipitan a la guerra, él busca para sí la sombra de un cobarde. Pero a este mi santo Satanás le respondo lo que se sabe que los hijos de Rubén y Gad respondieron a Moisés, su líder: «Nosotros, dicen, armados y ceñidos, iremos al combate delante de los hijos de Israel, hasta que los introduzcamos en sus lugares; nuestros pequeños y todo lo que podamos tener estarán en ciudades amuralladas por las insidias de los habitantes; no volveremos a nuestras casas hasta que los hijos de Israel posean su herencia, ni buscaremos nada más allá del Jordán, porque ya tenemos nuestra posesión en su orilla oriental» (Num. XXXI). Así, pues, acompañándolos, tomo las armas, pero con Cristo como su líder, después de las victorias, me retiro. Esto, por tanto, diré al elegido del Señor, lo que también Berzelai el Galaadita, descendiendo de Rogelim, dijo al rey David: «Tu siervo avanzará un poco más allá del Jordán contigo; te ruego que tu siervo regrese y muera en mi ciudad» (II Reg. XIX).

CAPÍTULO II. Que el obispado puede ser abandonado en ocasiones.

Aquí tal vez se me objeta que no es lícito abandonar el gobierno una vez aceptado. A lo cual brevemente digo lo que siento; porque muchos no abandonan los derechos del pontificado, y están entre los de la izquierda: pero cuantos leemos que lo han abandonado con recta intención, hay cierta esperanza de que gocen de eterna sociedad con Cristo. Y no decimos esto para que sea lícito abandonar el obispado indiscriminadamente, a menos que una gran necesidad lo obligue. En verdad, el beato Valerio, al proveerse un sucesor, entroniza al gran Agustín como obispo de la Iglesia de Hipona. Lucido, obispo de Ficocle, al conocer que se acercaba su muerte, se refugia en el puerto del orden cenobítico, y cambia las insignias sacerdotales de dignidad por vestiduras monásticas: y para que sepas qué le aportó esta conversión, como lo atestigua la historia auténtica del Registro, en el mismo momento de su muerte, la gracia del Espíritu Santo resplandecía en su rostro con gran alegría. A quien, antes de morir, se le apareció el beato apóstol Andrés; y le anunció la hora en que partiría del cuerpo.

¿Qué diré del beato Adalberto mártir? Quien, al haber dejado de lado la cátedra de la Iglesia de Bohemia, vistiendo el hábito monástico, mereció encontrar la corona triunfal del martirio. Y para que deliberadamente guarde silencio sobre los demás, un cierto santo penitente, cuyo nombre me escapa en este momento, habiendo renunciado al obispado casi siete años antes, finalmente, visitado por un ángel, se le ordena que regrese al obispado; pero se niega, hasta que, advertido por el mismo ángel, el beato Remigio llega con celeridad. Así, para que no pudiera ser engañado, incluso temiendo lo seguro, cedió al mandato humano, quien antes se había mantenido firme ante el oráculo angélico.

También el obispo de Sabina, que abandonó el trono pontifical y construyó el monasterio de Farfa, despreciando la dignidad sacerdotal, cuán noble fue en Cristo lo atestigua la antigua tradición, que celebra sus insignias de santidad; lo atestigua la devoción moderna, que frecuenta su piadosa memoria en bendición. Cuántos, tanto antes como después,

permanecieron en la misma sede hasta el final de sus vidas, y no trajeron a Dios un fruto tan laborioso.

Ni a ti, feliz Bonito, te pasaré por alto, quien, habiendo recibido la ocasión, porque te había tocado recibir la tradición de la Iglesia de manos del rey, un hombre laico, despreciaste la cátedra, y te retiraste inmediatamente a la custodia de una vida más retirada. ¿Qué haría, pregunto, este hombre, si soportara las torturas que sufren nuestros obispos? Si las turbas de escuderos y lanceros se agolparan tras él a caballo? Si, como un líder de milicia gentil en campaña, estuviera rodeado por grupos armados por todas partes? Y a quien le correspondería avanzar con reverencia con un coro de salmistas, se vería obligado a escuchar el estruendo de armas resonando por todas partes. Por lo tanto, ahora no acompañan al obispo, como es digno, diversos órdenes de clérigos; sino más bien campamentos y guerreros armados con lanzas vibrantes. Consideremos también qué significa esto, porque algunos lo soportan a regañadientes; y sin embargo, compran más caro, quieran o no, a aquellos a quienes toleran, con las propiedades y bienes de la Iglesia. Todos los días banquetes reales, todos los días preparativos, todos los días un banquete nupcial, y de donde deberían refrescarse los necesitados, se recrean los portadores de tablas resplandecientes. Y cuando el obispo debería ser el dispensador y mayordomo de los pobres, en su mesa, con abundantes delicias, eructan extraños; mientras que aquellos a quienes pertenece toda la sustancia, excluidos a lo lejos, languidecen en la miseria del hambre.

CAPÍTULO III. Contra los dilapidadores del peculio eclesiástico.

Entre todos estos males, sobresale aquel que parece igualar casi la maldad diabólica, porque, con las propiedades destinadas a la milicia, y toda posesión de tierras, además también se añaden en beneficio de los seglares las décimas y las parroquias. Esta liberalidad deshonesta, en efecto, priva a los necesitados de lo que necesitan para vivir; y también disuade a los diocesanos de pagar las décimas. Una sola cosa, en efecto, les quita el sustento corporal, y les proporciona a estos el peligro de las almas. Que todo esto recaiga sobre la cabeza del mal benefactor, no hay duda; si, sin embargo, lo arrastra su propia vanidad, no lo obliga una necesidad antigua. Y ciertamente hay muchas cosas que podría añadir sobre las múltiples miserias de los obispos, si no me lo impidiera la regla del compendio epistolar.

Pero, ¡oh crimen! tanto me atormenta la sola sede apostólica, que me aparta de decir todo esto. En la cual, ciertamente, cuando solíamos admirar al obispo de majestad reverenda, ahora vemos a un Minton de persona despreciable. Este venerable hombre lo había experimentado, Pedro, obispo de Apsarensis [Ausarensis como en el sup. op. corr.]; quien renunció al obispado, y navegando desde el reino eslavo, llegó a las costas de la ciudad de Ancona. Este, mientras exponía su queja sobre la reverencia de todo el reino hacia él, y enumeraba las molestias de la inquietud, entre otras cosas, mencionó una que no dejaré que les pase desapercibida. Un cierto hombre, degenerado en costumbres, pero distinguido por los títulos de sus mayores, unió a una pariente de su linaje en matrimonio. ¿Qué más? Prohibido, persistió; excomulgado, se aferró; y consideró todo el vigor de la censura eclesiástica como cuentos infantiles. A quien ciertamente le ocurrió esto como indicio de la indignación divina, que los panes de las mesas nupciales, arrojados a las calles ante los ojos de los perros, no fueron tocados. Además, ¡oh severidad temible de la retribución divina! mientras permanecía obstinado, mientras no se humillaba ante los preceptos sacerdotales, quien no quiso velar por su salvación, fue repentinamente extinguido por un rayo que cayó del cielo mientras dormía en su habitación. Así, así, experimentó la sentencia del furor divino al morir, quien, mientras vivía, despreciaba aplicar medicina a su herida. Esto lo hemos dicho para mostrar cuán santo era el hombre que renunció al obispado.

Pero mientras prosigamos con esto, también nos viene a la mente lo que tú mismo, venerable Hildebrando, nos dijiste recientemente: y aunque no parece ser de gran importancia para este asunto que tenemos entre manos, sin embargo, mientras lo consignamos de alguna manera a los escritos, para que el abismo del olvido no lo absorba por completo, lo atamos como cosa flotante con estacas. Pues como recuerdo que me contaste, esto te lo narró, para poner sus palabras, el obispo de la Iglesia de Novara. Cuando, dice, viajaba con un obispo en las partes de los teutones, y ya se acercaba la hora de la comida, aquel no tenía qué ofrecerme decentemente, comenzó a agitarse y buscar ansiosamente cómo podría socorrerme en el camino. Y mientras la necesidad lo apremiaba por un lado, y la caridad dilatava su ánimo por el otro, se encontraba en un aprieto sin saber qué hacer; cuando de repente, las grullas, como si expresaran una letra en conjunto, componiendo en igual serie, como si fueran diversos campamentos bajo un solo líder, comenzaron a volar en formación sobre nuestras cabezas. Entonces el obispo, erguido con fervor de fe, dijo: Señor, ordena que una de esas grullas se deje caer hacia nosotros, para que tu siervo satisfaga la caridad con el don de tu bendición. ¡Qué rapidez en la respuesta divina! Apenas se pronunció la palabra, y de inmediato una grulla de no pequeño tamaño se desplomó ante nuestros ojos; y así se cumplió la fe que operaba por el amor. Al contarte esto, inmediatamente te pregunté: ¿Era espiritual aquel obispo? Tú, como no sé cómo lo supiste, respondiste que el hombre vivía para su propia carne, para que quede claro que no fue la rectitud de vida, sino la fe unida a la caridad lo que obtuvo esta virtud.

También añadiste que, según el relato del beato León, prelado de la sede apostólica, supiste que había sido un obispo de vida carnal e inconsiderada, quien había recibido de Dios tanta gracia sin mérito, que frecuentemente mostraba virtudes y señales; incluso con gran autoridad expulsaba demonios de los cuerpos poseídos. Entre estas señales de virtudes, también ocurrió alguna vez, estando presente el mismo León de santa memoria, que un endemoniado se presentó; y cuando el mencionado obispo ordenó al espíritu maligno que se fuera, este, con ciertas palabras de obstinada soberbia, se resistía, hasta que, adjurado terriblemente por el nombre de Cristo, ya no pudo resistir. Y mientras sacudía la cabeza del pobre hombre de un lado a otro, erizaba los cabellos en alto con un cierto horror de pavor, y abría la boca como para vomitar con ciertos esfuerzos, el obispo se interpuso: No saldrás por la boca, como intentas; lo que planeas será en vano, te ordeno salir por las partes traseras: no te permito el acceso a la boca. Por los sucios conductos, inmundo habitante, sal, y deja tras de ti, como mereces, huellas inmundas. Apenas había completado las palabras, y de inmediato el espíritu más malvado fue expulsado por el flujo del vientre.

CAPÍTULO IV. La misericordia de un obispo hacia un pobre es recompensada por Dios con un milagro.

Otro obispo, como también dijiste, sediento en extremo, ordenó que le trajeran vino. Y cuando el copero había vaciado por completo lo que había en el recipiente en una copa, y se lo había llevado al obispo, un pobre, con insistentes súplicas, pedía que se le diera, diciendo que si no bebía, moriría de inmediato por la extrema sequedad. Por otro lado, el sirviente afirmaba que no había dejado nada en el recipiente, y que en ese lugar no se podía encontrar más vino. En estas fuertes angustias, el obispo, atrapado, y mientras no podía posponer su sed, juzgaba impío beber mientras otro estaba en peligro, se apartó de sí mismo y socorrió al hermano en necesidad. Ordenó, por tanto, que se diera el vino al pobre; pero ya cuando más había fallado la esperanza de beber, la sed del obispo se hacía más feroz. Mandó, por tanto, al sirviente que buscara el recipiente de vino; si acaso encontraba alguna gota de consuelo, aunque fuera muy pequeña. Quien, negándose por mucho tiempo, y afirmando

constantemente que no había reservado nada, finalmente, no animado por la esperanza, sino más bien oprimido por el mandato, obedeció; y el recipiente, que había dejado vacío, lo encontró lleno de vino, para su asombro.

Un cierto abad, como me fue relatado, llevado por el deseo de un manjar sabroso, ordenó que se le adquiriera un pez naupreda. Y cuando los sirvientes decían que era difícil encontrar ese tipo de pez en ese lugar, alguien dijo que había visto solo uno en venta, y que no se podía comprar por menos de veinte sólidos de monedas de Pavía. El abad ordenó que se contara el dinero. Sin embargo, la diligencia de los cocineros cumplida, y el pez cocido con esmero, se le sirvió al abad; pero antes de que lo tocara, un pobre llegó a la puerta y pedía ansiosamente que se le diera lo que se le había servido al abad. Inmediatamente, tal como estaba, el hombre de Dios, sin vacilar, envió el pez entero al pobre. De inmediato, el pobre, que parecía elevarse con la misma bandeja llena de pez, se levantó hacia el cielo ante la vista de todos, y con la mano levantada, como si llevara un regalo, penetró el cielo. De donde se comprueba claramente que lo que se da a los necesitados se envía a Dios, y lo que ocultamos en el seno de los pobres, lo depositamos en el cielo.

También lo que ahora añadimos, aunque no sea un milagro, no es ajeno a la edificación, a la que sirve todo lo que escribimos. Un cierto obispo ordenó que se le preparara un pez naupreda, quien poco después, mientras asistía devotamente a los sagrados altares en medio de la solemnidad de las misas, la memoria del gusto tentador del pez lo tentó con afecto. Él, como era de gran ánimo, se avergonzó de poder sufrir tales cosas ante los ojos del oculto y omnipotente inspector, y habiendo cumplido los oficios, regresó y ordenó que el pez febril del alma se entregara al pobre. Así, en efecto, el pequeño perro de la voluptuosidad, que bajo la mesa del cuerpo, como pudo, vivía, irrumpiendo impudicamente en el santo de los santos, mereció morir golpeado por el bastón de la penitencia.

Un cierto pobre padre de familia poseía solo una moneda en su bolsa, que deseaba gastar para comprar algo que comer con pan. Y mientras, seco y árido de alimentos más succulentos, meditaba este asunto en su mente, un pobre llegó y pidió misericordia. Él, dudando en su ánimo, se encontraba como en un cierto punto medio. Pues si daba, temía por su carne afligida; si retenía, temía incurrir en la culpa de la misericordia negada. Finalmente, el espíritu venció a la carne, y, imitando a la viuda evangélica, prestó su cantidad al buen deudor Dios bajo la apariencia del pobre (Marc. XII; Luc. XXI). Regresa a casa, se le sirve el pan habitual. La mesa del pobre era pobre, pero su conciencia era rica en buena esperanza. Pues la pérdida de la carne compensaba con la ganancia de la piedad; cuando un hombre desconocido, a quien nunca había visto antes, apresurado y ansioso, puso en su mano veinte sólidos de denarios envueltos en un lienzo, diciendo que habían sido enviados por su Señor, y, como si fuera esperado por él, se fue sin demora. Y mientras este, atónito, quería indagar, aquel desapareció.

CAPÍTULO V. Damián rehúye los trabajos del obispado por la gravedad de la edad.

Por lo tanto, no incluyo los nombres de las personas, ya que el orden de los hechos realizados se retiene más fácilmente en la mente; pero los nombres, lo admito, se pierden en el olvido debido a otras preocupaciones. No nos importa mucho parecer cazadores de nombres, siempre que no se pierda la secuencia y el orden de los eventos; aunque estos mismos eventos, que escribimos porque nos tocó escucharlos de paso, no estamos completamente seguros de que mantengan una línea de fidelidad sin ofensas. Para que la narración no organizada sin nombres no ofenda a los lectores exigentes, me abstengo de tales cosas por

ahora. Y ciertamente es más saludable que, dejando de lado todo, vuelva a mí mismo, me lamente, y me ponga constantemente ante mis propios ojos. Pues ya mis ojos se nublan, y los humores de flema abundan más de lo habitual. Las arrugas aparecen, y las encías amenazan con la caída de los dientes. Finalmente, la cabeza, que hasta ahora estaba salpicada de canas, ya se vuelve blanca como la nieve; la voz se vuelve ronca, la fuerza falla; y, ¡ay de mí, qué dolor! solo la raíz de los vicios en mí ignora completamente la vejez. En verdad, tengo la muerte ante mis ojos todos los días, y ya me presento de alguna manera ante el tribunal del juez temible. Ya bajo cierta imaginación de la mente, los espíritus perversos con rostro feroz, de aspecto horrible, me atacan terriblemente mientras palpito en el último aliento, ya los santos ángeles, amables y blancos como la nieve, se acercan como si fueran a ayudar.

Además, supe que algo sucedió no hace mucho tiempo, lo cual, al mover a menudo mi mente, suele aumentar mi temor. Un cierto penitente, bajo un hábito de peregrino, estaba exiliado en nuestras tierras: cuando se le preguntó qué culpa lo había llevado al exilio, dijo: "Iba con mi vecino a cortar leña, y he aquí que una serpiente de tamaño descomunal, levantando dos cuellos escamosos con cabezas, se deslizaba con sinuosos movimientos. Cuando nos vio caminando hacia él, de inmediato, con ojos centelleantes y como afilando su boca con lenguas tridentes, nos atacó. Mi compañero, con un hacha bien dirigida, le cortó una cabeza, y de inmediato la herramienta cayó de sus manos. La serpiente, enfurecida implacablemente en una rabia de furia, se levantó en el aire, levantó la cabeza que le quedaba, y mordió al autor de su herida; tan pronto como lo atacó, lo envolvió y lo enredó con sus espirales sinuosas, y reclamando al hombre entero con su fuerza, lo llevó a las profundidades de una cueva subterránea. Pero mientras era arrastrado, lo único que podía hacer era pedirme ayuda, clamando con voces insistentes para que yo, al menos, acudiera rápidamente en su ayuda; o que me apresurara a entregarle el hacha que estaba en mis manos. Pero yo, infeliz y degenerado, merecedor de las llamas vengadoras, y yo mismo más bien merecedor de ser devorado por serpientes, ¡ay de mí, homicida! temblé; y cuando debía actuar con las manos, dictado por la razón, preparé la fuga con los pies; por eso sufro este exilio impuesto por los sacerdotes, y me veo obligado a lamentarme como el verdadero autor de esa muerte.

La historia de esta calamidad lamentable sacude y conmueve todo mi corazón de tal manera que no puedo transmitir la inmensa angustia de mi corazón ni con el estilo ni con la palabra. Pues a menudo medito, he aquí un hombre y una bestia, dos juntos en una cueva. No interviene un mediador, no se acerca un rescatador, ciertamente un corazón salvaje no se ablanda con la piedad; especialmente cuando a la voracidad rabiosa se le añade también que se compense con una grave venganza la injuria infligida. Pregunto, ¿cuál era entonces la apariencia de este asunto, o más bien, cuál podría ser la mente del hombre miserable, cuando se convirtió en presa de un enemigo que no sabía tener misericordia; cuando no quedaba esperanza de escapar, sino que más bien, entregado a los dientes sangrientos como alimento, satisfacía de inmediato la voracidad salvaje? Por lo tanto, a menudo pinto en mi mente la imagen de este caso temible, y de inmediato considero con temor cómo ese dragón, autor de toda crueldad, arrebató y devora almas, repitiendo a menudo aquel versículo que el Profeta cantaba: "No sea que, dice, arrebaté como león mi alma; mientras no haya quien redima, ni quien salve (Salmo VII)." ¿Qué breve escritura ofrece tan largo material de temor a las mentes sanas?

Además, se dice que hace un año, en una villa no lejos de esta región, sucedió que un cierto agricultor, apenas al romper el crepúsculo, se levantó temprano, vio un dragón de enorme tamaño, que porque pensó que era un tronco, de inmediato se sentó sobre él como si fuera una viga. La bestia, al ser molestada, levantó la cabeza, atacó al hombre con su boca sangrienta, y así, en un instante, lo devoró vivo con voracidad rabiosa, y para que nuestros

corazones sean sacudidos aún más por el temor, y la vigilancia nos impulse a temer los juicios divinos sobre nosotros; a menudo vemos que estas cosas les suceden a hombres más honorables y justos, mientras que, por el contrario, los hombres carnales y desordenados, como recordamos antes, parecen incluso brillar con virtudes.

Pues, para no extenderme más, un cierto hombre que regresaba de Jerusalén narró que esto le sucedió a él y a sus compañeros; porque cuando, cansados del trabajo del viaje, descansaban junto al camino por la noche, de repente un león terrible se les apareció mientras dormían. Un presbítero de piadosa opinión y vida honesta, que ya había regresado cuatro veces de la visita al sepulcro del Señor, descansaba en medio de sus compañeros que lo rodeaban por todas partes. Entonces, la bestia inmensa, irrumpiendo, no tocó a ninguno de los que primero encontró; sino que, saltando sobre los demás, y despreciándolos como si fueran troncos arrojados, atacó especialmente al presbítero, lo invadió precipitadamente, y lo expuso como presa a los demás leones, que no estaban lejos, el cazador sangriento. A él, clamando y mugiendo horriblemente mientras sus compañeros escuchaban, lo devoraron de inmediato; y de inmediato siguieron a sus compañeros hasta la torre, a la que habían subido temblando. Lo cual ciertamente parece ser bastante terrible para las mentes débiles, que la vara castigue a los que merecen premios, y que la disciplina celestial vigile sobre aquellos que son dignos de gracia.

CAPÍTULO VI. Que el siervo de Dios predice la conflagración de una ciudad, pero no se aconseja a sí mismo.

También parece digno de temor similar lo que supe por un cierto abad religioso de la diócesis de Pisa (Ver escolios al final del opúsculo). Decía claramente que en esta era reciente sucedió que en una cierta ciudad de los teutones había un siervo de Dios de santa conversación y buena fama, que vivía en una celda junto al monasterio. A este ciertamente se le reveló que, a menos que el pueblo se contuviera de su maldad mediante la penitencia lo más pronto posible, toda su ciudad sería sometida al fuego dentro de treinta días. Este, sin duda, no solo hizo conocer el misterio de su visión al obispo de la ciudad, sino que también se apresuró a divulgarlo por todo el pueblo sin demora. Sin embargo, ellos, perseverando en la maldad de su perversidad, pensaron que el hombre de Dios deliraba, y despreciando por completo las amenazas de Dios, se negaron a corregir sus acciones. Por lo tanto, el hombre de Dios ordenó que las cosas más valiosas del monasterio se llevaran a lugares ocultos, donde pudieran ser preservadas intactas del fuego.

¿Por qué prolongar las palabras? Finalmente, llegó ese día lúgubre, y de las siete regiones de la ciudad surgió el fuego vengador. Y he aquí, los monjes corren ansiosamente a la celda del siervo de Dios, y le piden que salga sin demora ante el peligro inminente. Sin embargo, él se niega por completo, confiando todo al juicio divino, y espera inmóvil lo que a Dios le plazca sobre él. El fuego, por lo tanto, con globos furiosos hacia las estrellas, lo ocupa todo, lo invade todo, y no solo enciende todo lo demás, sino también el monasterio, ¡ay! es penoso decirlo, y al mismo siervo de Dios con toda su celda lo consumió. Este juicio de Dios, ciertamente, no debe ser tanto discutido como temido. ¿Quién puede, en efecto, con la mirada de la mente humana penetrar en el abismo de los juicios divinos, cuando ciertamente es terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres? (Salmo LXV.) ¿Quién podría haber creído que aquel que mereció conocer por revelación la destrucción de la ciudad que perecería, ignoraría que él mismo sería consumido por las mismas llamas atroces? Por lo tanto, cuando considero estas cosas y otras similares con la mente, cuando las medito con sutil reflexión, mientras no sé qué me espera aún; ciertamente me asombro con todas mis entrañas temblorosas; de inmediato vuelvo a las lágrimas, y si el llanto a veces no brota

debido a la dureza del corazón, la mente misma se consume con un dolor más grave. A menudo reflexiono sobre cómo es estar sujeto a dragones insaciables, estar entre enemigos implacables, vivir en la muerte, habitar en los fuegos. También, cómo para torturar a los impíos se ha elegido este elemento sobre los demás, de modo que, cuando la chispa salta, no puede ser tolerada en ningún miembro ni por un momento, las llamas vengadoras absorben a los miserables que salen de aquí, y el voraz infierno, infinitamente abierto, los encierra. De lo cual, ciertamente, la mente proporciona mucho más para decir, si no me prohibiera el compendio epistolar prolongarme más. Sin embargo, de esta ocasión ahora me viene a la mente algo que no me molesta anotar brevemente.

Dos hombres de los principales de la ciudad de Faenza, que salieron de este mundo hace no mucho tiempo, se aparecieron juntos en visión a un diácono, quienes ciertamente parecían estar vestidos con casullas de hierro, al modo de los sacerdotes, que fluían hasta los pies. El diácono, sin embargo, les preguntó: "¿Acaso vosotros, que estáis en aquella vida, bendecís continuamente al Señor?" Respondieron: "Nosotros, que somos atormentados en el infierno con fuego eterno, nunca bendecimos al Señor." Claramente, lo que aumenta el peso de mi preocupación, y aquel hermano, del que hablamos antes, como se puede conjeturar, estaba de pie entonces, cuando mereció el presagio de la revelación; entonces, tal vez, yacía en alguna culpa, cuando incurrió en el peligro. Pues, situados en un lugar resbaladizo, de repente caemos; y ahora nos manchamos con el mundo en un momento del tiempo.

Por lo tanto, ahora vuelve a la memoria aquello que en la ciudad de Benevento me tocó escuchar en otro tiempo. El príncipe de esa ciudad tenía un presbítero, un hombre de santa conversación, y en los oficios divinos, y especialmente en la solemnidad de las misas, constantemente asiduo. Quien, mientras diariamente asistía reverentemente a los sagrados misterios, el ángel del Señor venía por costumbre, y viendo el príncipe, tomaba el sacramento del cuerpo del Señor de las manos del oferente. Pero, ¡oh, condición resbaladiza e incierta de esta vida ruinosa! pues quien disfrutaba de los puros servicios angélicos, de repente cayó en el abismo de la lujuria vil. ¿Qué más? Llegó el tiempo de celebrar el sagrado misterio, el presbítero, obligado por la costumbre externa, es compelido; pero gravemente atormentado por dentro, con la conciencia remordiéndolo, se angustia; se adorna, se acerca, tiembla, palpita, sin embargo, presume ofrecer. He aquí, el ángel, como estaba acostumbrado, viene, y viendo el príncipe, exprimió una esponja empapada en agua sobre su cabeza, y purgó todo su cuerpo limpiándolo. Sin embargo, después de completar los misterios, exprimió nuevamente la misma esponja, y todas las suciedades y manchas que había contraído antes de su cuerpo, las vertió nuevamente sobre todos sus miembros. Al ver esto, el príncipe, asombrado, se maravilló, y convocó al presbítero en secreto, apartando a todos. Interrogado el presbítero, si había cometido algún crimen recientemente, al principio, como horrorizado por el crimen, lo niega; luego, consciente de su culpa, y compelido por la autoridad del príncipe, finalmente confiesa que había caído la noche anterior con una de las camareras del mismo príncipe.

En la misma ciudad vi a un monje llamado Madelmo, quien, viviendo cerca del monasterio en una celda, era llamado solitario o ermitaño. Este me relató que en el santo sábado pascual, antes de la Resurrección del Señor, en la iglesia que solía frecuentar, adornó catorce lámparas más o menos, y con agua debajo, vertió aceite sobre todas excepto una. Y cuando las demás estaban satisfechas, pero al faltar aceite, una quedó; pidió al abad, pero no pudo obtenerlo. Finalmente, sin dudar en la fe, llenó la lámpara con agua, aplicó la luz, la cual, de hecho, brilló durante toda la noche con las demás; y aunque es natural que el agua siempre apague el fuego, esa lo mantenía. Entonces, el abad, llamado como testigo, admirado por el signo de la virtud, se asombró, y avergonzado, se ruborizó por no haber dado el aceite. Además, se decía que ese monje había mostrado otras virtudes. Pero ¡ay de él! con los ojos cerrados camina

seguro, y no presta atención a las trampas del astuto enemigo. Pues después, este cayó en el abismo de la lujuria, y quien hasta entonces había sido tenido en gran reverencia por el príncipe y los ciudadanos, fue públicamente azotado con varas, y bajo deshonroso escarnio se dice que fue calvo.

CAPÍTULO VII. Que es una tarea sumamente ardua presidir sobre otros.

Digo esto, por lo tanto, para que quede claro que en este camino de la vida mortal se nos presentan muchas trampas, el enemigo oculto esconde diversos escollos, construye muchas trampas, y diariamente coloca lazos y trampas ante nuestros pasos. Díganme, entonces, aquellos que desean ser obispos, expónganse a gobernar pueblos. Pero yo, que no puedo protegerme a mí mismo entre tantas espadas y flechas, ¿cómo puedo liberar a otros de los lazos engañosos de las insidias ocultas? Por lo tanto, debe dejarse de lado la carga que no puedo llevar: es mejor arrojar el peso que perecer con el detrimento del Señor, de quien soy siervo, con el cuello roto. Que baste ahora este solo testimonio del bienaventurado Jerónimo, que recuerdo haber tenido ante mis ojos hace menos de una hora. Pues mientras trataba sobre el pastor ocioso de la Iglesia, añadió: "De inmediato, dice, será golpeado por la respuesta del Señor indignado: Siervo malo, ¿por qué no diste el dinero al banco, para que yo, al venir, lo exigiera con intereses? (Lucas XIX)." Lo cual el mismo doctor, exponiéndolo de inmediato, dice, es decir, lo habrías depositado en el altar lo que no podías llevar. Pues mientras tú, comerciante perezoso, retienes el denario, ocupaste el lugar de otro que podía duplicar el dinero. Esta recomendación del santo varón, confieso, la he tomado con gusto; y he arrojado la carga que me veía obligado a soportar. Más bien, el dinero que no podía duplicar, como comerciante perezoso, lo he depositado en el altar.

Hubo, hubo en otro tiempo, pero ya ha pasado el tiempo, en que el pudor de la modestia, el emblema de la mortificación, la digna severidad, y la censura del genio sacerdotal podían ser mantenidos. Pues para reprenderme dignamente a mí mismo, ustedes mismos ven que de inmediato, cuando vengo a ustedes; he aquí, las bromas, las chanzas, las gracias, las urbanidades, las dicitos, los volúmenes de cuestiones, y todas las plagas de palabras vanas irrumpen insolentemente, que nos muestran, no ya sacerdotes, sino más bien oradores, y retóricos, o, lo que es deshonroso, bufones. Pues tan pronto como comenzamos a hablar, poco a poco se infiltran ciertos halagos de conversación alterna, que indebidamente ablandan toda la firmeza del ánimo, y disuelven la fuerza de la severidad en risas desmedidas y bromas torpes. De ahí que la mente, dispersa fuera de sí misma, se confunde, la agudeza del corazón se embota, la luz del amor divino se apaga, se pierde el terror hacia los demás, y la reverencia sacerdotal; y lo que es más peligroso, no se mantiene la línea de vida recta que debía proponerse como ejemplo a los demás.

Pero si nosotros, por pudor o por miedo, nos negamos a caer en estas cosas, de inmediato somos juzgados inhumanos, rígidos, y como si fuéramos tigres de Hircania, de piedra (PLIN. lib. VIII, c. 2). Detengo la pluma. Pues, para que se añadan ineptitudes más torpes, me sonrojo de vergüenza, a saber, la caza, la cetrería, las furias de los dados, o el ajedrez, que ciertamente de todo sacerdote exhiben una pantomima; pero especialmente los ojos, las manos, y la lengua, como si fueran una verdadera pantomima, así que los alimentos preparados, y que saben más dulcemente, se colocan en las mesas de los demonios. Aquí, ciertamente, si algo me ha sucedido del venerable obispo de la sede de Florencia, recuerdo, no creo que sea ajeno a la edificación.

Mientras en alguna ocasión era su compañero de viaje, al llegar finalmente al hospedaje vespertino, me retiré a la celda del presbítero; pero él se sentó en una espaciosa casa con la

multitud de viajeros. A la mañana siguiente, mi escudero me informó que el mencionado obispo había presidido un juego de ajedrez. Esta palabra, de hecho, como una flecha, hirió mi corazón agudamente, e infligió una herida de indignación. Sin embargo, en la hora que me parecía oportuna, abordé al hombre, y lo reprendí severamente. Tomando, por lo tanto, este inicio del discurso, digo: Con la mano levantada, desenvaino las varas, busco infligir golpes si hay quien ofrezca la espalda. Y él, dice, si se imputa culpa, no se rechazará la penitencia. ¿Era correcto, digo, y de tu oficio, jugar en la vanidad del ajedrez por la noche, y contaminar la mano que ofrece el cuerpo del Señor, la lengua que media entre Dios y el pueblo, con la profanación de un juego sacrílego? Especialmente cuando la autoridad canónica decreta que los obispos jugadores de dados sean depuestos. Y ¿de qué sirve a aquel que la autoridad condena eficazmente, incluso si no se le aplica un juicio externo? Sin embargo, él, haciendo de la diversidad de nombres un escudo de defensa para sí mismo, dice: el ajedrez es una cosa, los dados son otra. Por lo tanto, esa autoridad prohibió los dados, pero al guardar silencio, permitió el ajedrez. A lo cual yo: El ajedrez, digo, no lo menciona la Escritura; pero ambos tipos de juego se comprenden bajo el nombre de dados.

Por lo tanto, mientras se prohíben los dados, y no se dice nada específicamente sobre el ajedrez, está claro, sin duda, que ambos tipos se comprenden bajo un solo término, condenados por la autoridad de una sola sentencia. Entonces él, de ánimo dócil, de ingenio perspicaz, aceptó humildemente las razones dadas, prometió con certeza no repetir la culpa, y pidió que se le impusiera penitencia. De inmediato le ordené que recitara el salterio tres veces meditando, y que lavara los pies de doce pobres con la entrega de igual número de monedas y su recreación. Con esta razón, se consideró que, ya que esta culpa se comete principalmente con las manos y la palabra, lavando los pies de los pobres, más bien lavara sus propias manos del contagio de la culpa: y al imprimir su boca en los pies ajenos, reformara la paz con el Señor, a quien había ofendido con bromas lamentables. Esto lo dijimos, para que se conozca, por la enmienda de otro, cuán deshonroso, cuán absurdo, cuán finalmente feo es este juego en un sacerdote.

Además, amadísimos, para volver a aquello por lo que propuse escribir estas cosas, no me sean molestos en adelante, para que no abandone el puerto de la tranquilidad, al que he sido devuelto por Cristo a través de ustedes como gobernante, y me esfuerce por surcar nuevamente los montones espumosos de las tormentas, los volúmenes rocosos, el abismo de Escila. Aunque yo, miserable, y él sea santo; sin embargo, ya que mi causa es de alguna manera similar a la de Samuel (1 Samuel 8, 16), no se pronuncie una sentencia diferente sobre ambos. Pues él ciertamente renunció a la dignidad del principado, sin embargo, ungió a David como príncipe. Nosotros también, siguiendo su ejemplo, deseamos, con la autoridad de Dios, ordenar un pontífice de la sede apostólica, y de inmediato retirarnos de la cumbre de nuestro propio pontificado.

He aquí, amadísimos, que mientras extendía para vosotros las palabras de un discurso más abundante, he faltado a la regla de brevedad epistolar. Si alguien, por tanto, quisiera acusarme de prolijidad excesiva, acuse más bien a la caridad impaciente del silencio: y no ignore que allí hay una prolijidad concisa, donde el escritor extiende el artículo del estilo corriente, pero sin explicar completamente el deseo de un corazón pleno. También a Esteban, a quien llevamos en la mente entre los primeros amigos, lo añadimos al final de la carta, y le suplicamos que no sea olvidadizo de lo que se recuerda. Que él libere al pobre Pedro de las manos de Hildebrando, bajo cuyo mandato la prisión de Herodes se abrió para el gran Pedro.

ESCOLIOS

Aquello también parece digno de similar temor, sobre un cierto abad religioso de la diócesis de Pisa, etc. Lo que en este lugar el santo cardenal narra sobre un cierto siervo de Dios recluido, quien también había previsto el incendio en el que fue quemado en su celda, me parece lo mismo que Marianus Scotus expresó con estas palabras (Chron. l. III, aetat. VI, sub ann. 1058): «La ciudad de Podelbruna con dos monasterios es consumida por el fuego el viernes antes de Palmas.» En el monasterio había un monje escocés llamado Paternus, recluido por muchos años, quien también predijo la combustión, y buscando el martirio en su celda, fue quemado. El lunes después de la octava de Pascua, saliendo de Colonia, visité el mismo lugar por causa de oración, debido a los bienes que se narran sobre su sepulcro.

Bendito sea el nombre del Señor.